

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



**Suscripción.**—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde el 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 21.—Administración, Mayor, 46.

**Condiciones.**—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

### La encrucijada de Oriente

No es lógico esperar que la difícil situación en que nos puso, de improviso, la iniciativa audaz del Gobierno italiano se pueda arreglar en veinticuatro horas; durante algún tiempo todavía, recibiremos alternativamente despaños inquietantes é informaciones tranquilizadoras. La discreción nos manda acoger con reserva los unos y las otras. Para juzgar la situación con sangre fría y tranquilidad, es necesario desprenderse de estas impresiones variables y contradictorias, y colocarse, en cierto modo, por encima de las noticias.

Verdaderamente, no hay por ahora grandes motivos de alarma. Pero tal como empieza esta contienda singular en que la sangre no ha corrido, ó no ha corrido con exceso, puede tener, al fin y al cabo, temibles consecuencias.

En las costas de Trípoli ha cesado el comercio. Se persigue y dá caza por ambas partes contendientes á los barcos mercantes, y las complicaciones que la guerra pueda llevar á los Balcanes son susceptibles de traer y de determinar un cataclismo en Europa.

Esta hipótesis es, evidentemente, la más pesimista; pero aún limitándose el conflicto á la Tripolitana, se ve con algo de inquietud la actitud enigmática de Turquía, de la cual no se sabe exactamente qué es lo que quiere de verdad, y que, tal vez, prepara la resistencia á ultranza, cuando todo el mundo se figura que desea negociar.

No es posible negar que las cancelleas han hecho esfuerzos estimables, y los hacen aún, para lograr en plazo breve que cesen las hostilidades. Desgraciadamente, las noticias de Roma y de Constantinopla no son agradables. Los turcos se muestran más irridados de día en día, y hacen saber que la conquista de la Tripolitana será para sus enemigos inagotable fuente de sacrificios y desastres.

Cuanto á los italianos, de hora en hora están más decididos á rechazar la discusión que no tenga por base y «sur le champ» de la Tripolitana á los Estados de Victor Manuel.

Y ya es cosa resuelta que el territorio anexionado será dividido en dos provincias, con los mismos derechos y deberes que las peninsulares, y que enviarán representantes á Montecitorio.

Y á quien diga que esto es anticipar las cosas, y anticiparlas mucho, se le

puede dar otra noticia: los italianos se reservan, para después de su victoria en la aventura actual, la reclamación soberbia de un puerto en la Albania.

Se comprende la cara que ha de poner, si oye estas cosas Francisco José. Y no hay que hablar de los valientes, tanto como soñadores, hijos de la Albania, que anhelan campar por sus respetos y quieren ser más libres que la pluma en el aire.

En este lance, lo más triste para los otomanos es la decepción que sufren con Guillermo II. Con demasiada ligereza se habían imaginado que Guillermo II era su protector. Turquía, por sus hechos sanguinarios, por su conducta incorregible para con sus súbditos cristianos, en el Continente estaba sola. Se creía, no obstante, que Alemania la protegía resueltamente.

Los turcos ya se han convencido de todo lo contrario: Alemania—es cierto—protegia al imperio otomano; y más lo protegía tan sólo contra las pretensiones de Inglaterra, de Francia y de Rusia; es decir, los de enfrente de la Triple Alianza.

Ahora, en el conflicto con Italia, este es otro cantar. Italia forma parte de la "Triplice", y la paciencia que ha mostrado para soportar el yugo merece un galardón, tanto más fácil de conceder cuanto que ahora se puede dar cómodamente del ajeno bolsillo.

Alemania, en resumen, ante la agresión de Italia, desaparecerá el mismo papel que desempeñó, tres años há, ante la actitud del Austria al apoderarse de la Bosnia y de la Herzegovina.

Pero Alemania es generosa: no pudiendo ofrecer al imperio otomano su apoyo material, le da, en cambio, un consejo: "Lo mejor es—ha dicho el Kaiser, contestando á Turquía, que había solicitado su mediación—aceptar el "ultimatum" italiano, para poner fin al conflicto. Alemania se reserva, en el momento oportuno, el ofrecer sus servicios á Turquía.

Así, sencillamente, hubo de comunicarlo al barón de Marschall, embajador de Alemania en Constantinopla, á su majestad imperial, el Sultán de Turquía.

Y por cierto que un diario que se titula "La Turquía", redactado en francés y que ve la luz en las orillas rientes del Bósforo, cuenta que el bueno del Sultán, que en el palacio de "Topkapou" hacia sus devociones de todos los días, las interrumpió para atender á la embajada referida, y las continuó

después con tranquilidad perfecta, como un buen musulmán.

Sin duda creía que en la aflictiva situación á que las cosas han llegado, y hurtando el cuerpo el Kaiser, sólo de Alá puede venir la ansiada salvación.

### Entre Canalejas y Luque

Madrid 11-9 m.

El presidente del Consejo de Ministros ha recibido un telegrama del ministro de la Guerra, contestando á otro que le envió el Sr. Canalejas y en el cual le enteraba de los acuerdos del Consejo de ministros celebrados y le daba cuenta de las numerosas felicitaciones que dirigen todas las entidades al ejército de operaciones por su brillante comportamiento.

### LOS AMABLES

#### FAMILIARES

Hay algo más antipático que las sufragistas y que los *esquirols* y algo más fastidioso que los parlanchines y los *ingleses*.

Hay una plaga social, incurable, más dañina que la langosta, y más tirana que la demagogia.

Me refiero á los profesionales de la benevolencia, á los cultivadores de los elogios; á los ciudadanos pulcros, comedidos, afables, que se desviven por complacerlos y se descaujan por alegrarlos.

No hablo de la cortesía exquisita de algunos mortales; de las reverencias inverosímiles, que prodigan los cortos de oficio; de los ceremoniosos saludos que disparan los árbitros de la elegancia; de la sonrisa almibarada con que se embellecen los últimos figurines parisenses; del piropo sutil y delicado, que revolotea en los labios de los jóvenes más *chic* del universo; de las galanterías inspidas, que persiguen á las damas encopetadas, de la buena sociedad; de los buenos ofrecimientos ridículos y vanidosos, que siguen á las presentaciones forzosas, de ese mundo pequeño, trivial, esclavo de la moda y adorador de las buenas formas, en que se agita el rancio abuelo, y se empuja la clase media, y brillan más que los bisones, el oro de las talegas.

Voy á tratar de los *pelmas* que intentan nuestra dicha, á fuerza de inventiva, asiduidad é interés; de esos

seres compásivos y cariñosos, que no nos dejan vivir oscurecidos, que se duelen de nuestros fracasos, y que no consenten nuestros éxitos sin su intervención generosa.

Los amables! Quién no se trata con algún caballero finísimo, que se arquea al vernos, y se esponja y se engaña, y nos somete á un minucioso interrogatorio, acerca de la familia habida y por haber?

—Mi queridísimo amigo. Con qué placer é saludo, después de su desgracia.....

—Mil gracias.  
—Y qué hay, simpático? La mamá política tan famosa, eh? Se le han curado las jaquecas?

—Siguen tan bárbaras, como es de suponer.  
—Y la costilla tan buenaza y reputada?

Póngame á sus pies.  
—Se está ma la atención.  
—V los nenes? ¿Cuántos ha traído V. al mundo.

—Siete.  
—¡Qué parcos! En mi casa fulmos veinte hermanos. Un millón de besos á esos pimpollos. Tanto gusto...  
—El gusto ha sido mío.  
—Ya sabe usted que se le quiere y no se le olvida y se le nombra á cada repique.

—Lo celebro.  
Hay otros amables, del género íntimo, insufribles y descontentos.

—Paco—chillan con voz de trueno—tú no tienes carácter. Hazte respetar y no consentas que tu escribiente sepa más ortografía que tú.

—Eso... no tiene remedio.  
—No permitas que te ponga los puntos sobre las íes y las comas al final de cada línea! Es denigrante.

—Más denigrante es que yo sea un bruto.  
—Desengáñate, Paco, tú estás encima y él debajo, le lo aconsejo porque te quiero desde chiquitín.

—Ya sé que me protejes y me atosigas. V te contesto con el poeta:  
Mira no me sobes tanto, ó súbame con talento.

¿Y los afectuosos del género cursi, que nos aplauden sin descanso y nos empujan sin motivo?

—Tú vales más que Maura.  
—No lo sabía.  
—Porque eres la modestia suma. Dáte á conocer. Entrégate á los periodistas.

—Antes, el bloque.  
—No te encierres en tu independen-

cia. Preséntate á los hombres célebres.

—Odio las presentaciones.  
—Habla en público. Escribe, pulita.

—No tengo condiciones para fantoche.  
—Tú te lo pierdes. Con tu cabeza, iría yo á todas partes.

—No es posible hacer el ensayo.  
—Todo te lo guardas y lo amanezas para tí solo, ¿Qué vale la perla dentro de la concha?

—Déjame en paz.  
—¿Qué vale un diamante en...  
—No concluyas la frase.  
—Organiza un partido.  
—Detesto la política.

—Me desesperas. Me haces el efecto de Napoleón cruzado de brazos.  
—Es mi postura habitual: la del pensador.

—Ay! qué pulia tan original. Vaya un golpe. Voy á contarlo al Casino.  
—Vete al infierno.

A. B. C.

### Bautizo Regio

Madrid 11-9 m.

En Palacio se celebró el bautizo de la nueva infanta María de las Mercedes, asistiendo al acto la familia real, el Gobierno, Grandes de España, diplomáticos, palatinos, comisiones del Ejército y Armada, autoridades y gran número de elegantes damas, luciendo todas ellas mantillas blancas.

Fueron padrinos los infantes don Carlos y doña Paz.

En el salón Gasparini se colocó el altar y la pila de Santo Domingo de Guzmán.

Recibió las aguas del bautismo de manos del obispo de Sión.

Este fue ayudado por los canónigos de la real capilla.

### Muchas gracias

Los amigos que visitaron nuestra redacción para que en nuestras columnas trasladáramos al Sr. Alcalde sus deseos para que en un término brevísimo se arreglase el piso de la calle de la Marina Española, nos han vuelto á visitar esta mañana para que hagamos constar al Sr. Más Gilibert su agradecimiento por el estudio que está llevando á cabo para mejorar el pavimento de dicha calle, y que según dice "La Opinión" los trabajos comenzarán en la próxima semana, pues que ya están contruidos y dispuestos para su co-

locación, unos setecientos metros cuadrados de loseta.

A las gracias que envían al Sr. Alcalde los interesados en el arreglo del piso de la dicha calle se unen las nuestras por haber sido tan prontamente escuchadas las quejas que trasladá-bamos.

### Al Administrador de Correos

Es tan insuficiente el personal puesto al servicio del Giro Postal que los impositores, hartos de llegar á término, abandonan sus rejas en espera del mañana, que, tomando prematuro turno, ven al fin realizadas sus ansias.  
¿No pueden remediarse estas deficiencias con aumentar el personal?

### Evolucionemos

Las evoluciones lentas son sanas y provechosas. En el mundo todo marcha, porque todo evoluciona.

¿Hay algo más admirable que la evolución diabólica de nuestra madre natura, siempre fecunda y creadora?

¿Hay progreso más hermoso que el de las ciencias históricas?  
¿V los sueros? ¿V el gramófono? (cas?)  
¿V los cines? ¿V las norias?  
¿V los partos sin dolor?

¿V el bacillus de la cólera?  
La medicina adelanta, con tal ímpetu que asombra: no se muere casi nadie, si acaso, las viejas chochas.

La cirugía ha llegado á tal límite, que arroba: ¡quién no se fractura un brazo por vér como se lo cortan!

¡El teléfono! ¡qué invento!  
Deja atrás al de la pólvora.  
¡El microscopio! ¡qué mundo, tan inmenso, en una gota de sangre azul ó torera!

¡Qué enorme animal la mosca!  
¡El telescopio! ¡qué grandes (ca!) son los planetas con cola!

¡Qué estrellas tan rutilantes!  
¡qué firmamento! ¡qué bóveda!  
En el arte de la guerra (veda!) ¡qué maravillas tan gordas!

¡Qué formidables cañones!  
¡Qué explosivos! Como explosivos!  
En la marina prodigiosos: (plotan) corazas que son de roca, 80.000 toneladas y 80 millas por hora, Telegrafía sin hilos!

neitar entre la multitud. Prestéme, pues, gustoso á complacer á aquella dama, pues su belleza y hermosura tentaron mi fición de una manera poderosa.

»Aquella hermosa dama, cual si fuera una maga, conoció mi ruina y desahó en mi mano vacilante un dorado doblón para que le comprara confituras á la señora de mis pensamientos.

»Yo quisé rechazar aquel regalo, mas recordé que me esperaba mi María y que de no cumplir galantemente pasaría por la plaza de grosero. Entonces acepté el doblón.

»Viéndome con dinero, acerquéme á la tienda de un morisco y llené mi escafre de sus mejores confituras.

»Ufano con mi carga fui á buscar á la niña de mis ojos y el desengaño fué cruel; junto á María, y ofreciéndole dulces muy sencillos, que ella aceptaba sonriente, se encontraba un maino de la carrera de las indias.

»Yo no podría explicar lo que por mí pasó en aquel momento; estuve para ahogarme de coraje, pero tuve entereza y dominé mi indignación. Sentenciado se hallaba aquel maino á morir á estocadas, y pretendí humillar también á la infame mujer que tan indignamente me hablaba.  
»Me sañé de la Teta y esperé; pero el cansancio

—Seguid hablando, señor soldado.

»Y como un paso en falso, —siguió Yeste,—obligó al que lo ha dado á despeñarse en el profundo abismo que abre á sus pies un loco desvarío, agrado, me ofrecí, y entonces el mancebo, con una amabilidad diabólica, me habló del rapto de una esclava, de la que Nicolás Gave de Cáceres, su amigo estaba enamorado. Y héme aquí á mi pesar, comprometido en un negocio deshonroso.

»Después, á pesar de mi instinto que acertó á aconsejarme que rompiera aquel trato bochornoso á que me había obligado locamente, por desgracia era tarde y concurrí á la cita que el mancebo me dió para el siguiente día.

»Por fin llegó el momento

»A cosa de las nueve me buscó en el mesón aquél mancebo, que me tenía cogido con el supuesto amor de su señora y con el oro que me dió en su nombre.

»Juntos dimos la vuelta al edificio.

»A espaldas de éste, una litera estaba preparada.

»Había arrimada al muro una escalera que debía dar ascenso á una ventana.

»Fui invitado á subir por el mancebo, que siguió detrás de mí. Entramos en el cuarto de la esclava y le hallamos dormida.

Yeste guardó un momento de silencio.

—Continuad, joven,—dijo le Segado.

Bartolomé de Yeste continuó:

»Un día merced al ju-go, logré reunir mucho dinero, y pidiendo licencia vine de incógnito á la Corte; en ésta todo se vendía, y conseguí mi intento pudiendo usar en adelante mi apellido.

»Las mujeres y el juego tentáronme en Madrid de tal manera, que perdí mis cascos. Una marquesa reparó mi suerte, pero el maldito juego, al que yo me entregaba como un loco, la hicieron empeñar toda su hacienda y murió la infeliz de pesadumbre.

»Entonces, aburrido, me vine á Cartagena y me enganché en un tercio: aquí espero que leguen las galeras en que debe embarcarse mi bandera.

Volví á callar Bartolomé de Yeste.

—Continuad, joven, continuad,—dijo Segado al calavera.

»Ya conocéis mi vida; ahora vais á saberlo que me costará más el decirlo.

»Antes de ayer fui á la función que en la iglesia mayor se celebraba para solemnizar el feliz nacimiento de la infanta.

»Un padre dominico me ateró con sus trases desde la cátedra sagrada, al condenar el vicio con los vivísimos colores que le prestaba su talento